LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD, UN ACTO EN RELACIÓN:

LOS CHILENOS DE LORRAINE, ENTRE COMUNIDAD DE COMPROMISO E INDIVIDUALIZACIÓN REFLEXIVA

VICENT FERRY

Université de Nancy 2 (France).

PIERO-D. GALLORO

Université de Metz (France).

RAÚL MORALES

Université de Metz (France).

RESUMEN

Fue en el paisaje político francés de los años 80 que la mayor parte de los chilenos de Lorraine, región situada al noreste de Francia, pidieron la nacionalidad francesa o “naturalización”, según el vocablo utilizado en estos parajes. La subyugación de la izquierda francesa por la experiencia chilena al mismo tiempo que la referencia implícita a Salvador Allende en la llegada al poder de François Mitterrand, fueron algunos de los vectores predominantes que participaron en la decisión final, tomada por los chilenos refugiados, de participar activamente en el destino político y social del país de acogida.

Palabras clave: identidad, inmigrantes chilenos en Francia, factores políticos de las migraciones.

I. INTRODUCCIÓN

Desde los trabajos de Erikson, completados también por aquéllos del conjunto de disciplinas de las ciencias que se interesan por el hombre, esta convenido en definir la identidad como un proceso de dinámica social en interacción. La mayor parte de los investigadores en sociología están de acuerdo en desarrollar esta noción a partir de las representaciones que el individuo se hace de sí mismo en su unicidad, pero, sobre todo en su pertenencia a un grupo más vasto con referencia a una sociedad dada.

Entre todos los parámetros que caracterizan la diáspora chilena en Francia, la cuestión de las referencias que construyen su identidad se balancea entre la idea de una comunidad de compromiso y otra de una individualización reflexiva. La primera aparece como una representación de sí ligada a la relación de alteridad que se desarrolla en dirección de la sociedad de acogida, posicionando los posibles intercambios entre los actores de un mismo sistema. La segunda emerge más bien como un posicionamiento individual que deja surgir la inquietud de una presentación de sí en el seno mismo del grupo de referencia. Para acercarnos a una comprensión de este fenómeno nos apoyaremos en un estudio de la comunidad de chilenos presentes en Lorraine entre los años 1976 y hoy en día. Con él mostraremos la doble influencia interactiva que tuvieron las percepciones de la sociedad de acogida y las de los acogidos en la construcción de la identidad de los refugiados chilenos.

II. LA INFLUENCIA DEL CONTEXTO FRANCÉS DE LOS AÑOS 80 EN LOS REFUGIADOS CHILENOS DE LORRAINE

Al contrario de la dinámica migratoria conocida en el gran este francés desde el final del siglo XIX, la inmigración chilena no se inscribió nunca en el movimiento económico de renovación de la mano de obra y esto no solamente por razones demográficas evidentes, la cantidad de chilenos en presencia no podían concurrir con la consecuente mano de obra venida de otros horizontes, pero también y sobre todo por razones simbólicas resentidas y ostentadas como perennes. Desde un principio, los refugiados chilenos adoptaron una postura exclusiva de “refugiado político” llegando a refutar el concepto de “inmigrante” como modo de designación:

“También había refugiados económicos que no venían porque tenían problemas políticos. Era una ocasión para ellos de cambiar de vida y de tener otra mejor. Así podemos decir que ellos se aprovechaban de las ayudas que tenían como refugiados. Los llamábamos los refugiados económicos porque eran falsos refugiados.” (M.J., Metz)

Esta necesidad de distinguirse frente a otras migraciones se apoya en una voluntad de memoria al mismo tiempo que de reivindicación, aunque las realidades cotidianas hagan del refugiado político un actor más de las vicisitudes económicas de la misma manera que a cualquier otro inmigrante. La distinción lleva en su seno un pedido de reconocimiento simbólico de las condiciones de expatriación y una justificación reflexiva de la permanencia en un territorio donde las trayectorias individuales no encuentran otra razón que la latencia de la espera.

“Yo no inmigré, me inmigraron”. (M.R., Thionville)

A pesar de la aflicción propia de todos los refugiados, a pesar de los argumentos de un discurso exclusivista, el comportamiento de los chilenos en Lorraine encubre una verdadera implicación en la sociedad de acogida, implicación que será fundadora de un proceso de implantación durable sin llegar a ser expresado como permanente en las trayectorias de vida observadas. Este hecho se deslucen en el análisis y la declinación de características comunes de la historia de vida de los encuestados fuera o en complemento de la diferenciación o la singularidad del tránsito individual del exilio.

Entre 1976 y 1989, la Lorraine contaba con unas sesenta familias de refugiados chilenos. La caída de Pinochet y las nuevas posibilidades de volver explican en gran parte que no queden hoy más que quince familias agrupando veinticuatro primo-llegados¹. Originariamente los chilenos llegados a esta región eran más bien jóvenes, tres cuartos de ellos tenían entre dieciocho y veinticinco años cuando dieron sus primeros pasos en la tierra de Stanislas² —al cual aún una plaza le recuerda en Nancy— entre los años 1976 y 1978 con una última implantación en 1983. Las fechas de afluencia concuerdan directamente con el proceso represivo en Chile, aquéllos que sufrieron la represión de los primeros años de la dictadura (1973-1974) estabilizaron su exilio francés en las principales ciudades como París, Marseille o Bordeaux, al contrario los de la segunda represión masiva (1976) y los de aquella más selectiva atacando a la resistencia organizada se establecieron en ciudades de mediana importancia aunque siempre entorno a fuentes laborales consecuentes tanto en la siderurgia (como es el caso de la Lorraine) como en el agro-alimentario o en las minas o la petroquímica.

Actualmente y de manera natural la población está envejeciendo con un promedio de edad que se sitúa alrededor de los cincuenta y ocho años, aunque se debe interpretar este dato de manera relativa tomando en cuenta la existencia de dos clases modales las cuales representan a ellas solas dos tercios de la población total, se trata de la clase de los treinta y cinco a los cuarenta y cinco años y la de los cincuenta y cinco a los sesenta y cinco, ambas corresponden al flujo migratorio antes mencionado. Los tres cuartos son originarios de los grandes centros urbanos chilenos, Santiago y Valparaíso, el resto, a la imagen de los chilenos de Luxembourg, de pequeñas aglomeraciones de las provincias del norte y del sur del país. Como por el resto de la diáspora chilena en Francia, los que se encuentran refugiados en Lorraine son

1 Nuestra encuesta concierne el conjunto de estas familias repartidas en cuatro localidades de la región: Thionville, Metz, Nancy, Vandoeuvre. Además de un cuestionario directivo, la encuesta se implementó con una serie de entrevistas que duraron un promedio de tres horas por persona.

2 Stanislas, duque de Lorraine y rey de Polonia.

gentes con un alto nivel cultural y social, se trata por más de la mitad de personas que habían ocupado puestos de responsable en empresas o en administraciones, también profesores o profesiones liberales, al igual que estudiantes universitarios o de liceo por un tercio de la población total, el resto eran obreros o empleados ocupando cargos dirigentes en sindicatos. Lo que nos lleva a considerar como banalidad el hecho que el nivel de estudios al llegar a Francia fuese también bastante alto, dos tercios teniendo como mínimo un bachillerato. Hoy encontramos principalmente parejas casadas, tan sólo la mitad de ellas lo estaba al llegar, esencialmente de manera endogámica, y un cuarto ya tenía niños. Las parejas que se casaron en Francia prefirieron hacerlo con personas de orígenes variados, francés por la mayor parte, pero también español o latinoamericano.

Fue tanta la cantidad de chilenos salidos del país después de la caída de Allende y fueron tan singulares y complejos los itinerarios personales que aún es difícil de concebir la migración chilena como linear. Sin tardarnos en el carácter simbólico de las cifras se puede estimar a más de un millón de chilenos expatriados por el mundo en búsqueda de reconstrucción de trayectorias individuales. Una parte importante de estos se encontró en Europa, particularmente en Suecia, España, Italia, Alemania, Rumania y por su puesto en Francia. Esta última gozaba, de manera general, según el recuerdo de los chilenos refiriéndose al periodo de antes del exilio, con una imagen idealizada y casi familiar que preconizaba un desarraigo menos brutal, aunque el dominio del idioma fuese la primera dificultad:

"Antes de venir para acá estudiábamos la Francia en los cursos de francés, su geografía, los grandes pensadores, los escritores, los poetas. Veíamos un país con una gran riqueza cultural. Conocíamos la historia universal, la del Roi-Soleil, Versailles y todo. Además en los cursos de francés seguíamos el Tour de France ciclista, había un mapa de Francia y poníamos banderitas por cada etapa, en la época era Anquetil el campeón ¡Y nosotros hinchas seguíamos el Tour en la radio! Nos imaginábamos la Torre Eiffel. Conocíamos bien este país, a lo mejor más que ahora o al menos mejor que las nuevas generaciones." (C.N., Nancy)

La vida cotidiana entre 1976 y el comienzo de los años 80 va a relativizar esta construcción mítica de la imagen de la Francia, la cual será reactivada más tarde con la victoria de la izquierda de François Mitterand en 1981. Mientras se dedicaron a concretizar los medios de una organización efectiva de resistencia contra la dictadura, la que por supuesto participó de manera intensa en las construcciones individuales de identidad, los refugiados chilenos tuvieron una tendencia voraz a hacer paralelos históricos entre los eventos franceses y aquellos ocurridos en sus propias trayectorias de referencia entre 1970 y 1973 en Chile:

“Allende se presentó al pueblo con un discurso dicho en la moneda cuando llegó al poder, cuando llegamos al poder... Todos estaban manifestando como aquí cuando Mitterand salió en el 81... Todos, todo el mundo cantando, gritando, bailando, izando banderas por las calles... igual que aquí... era la esperanza que se despertaba, la esperanza para la izquierda, para el progreso del país para... mucha gente esperaba mucho de un tal gobierno.” (M.J., Metz)

La victoria del partido socialista francés en mayo de 1981 se acompañó, algunos meses después, con una cierta cantidad de medidas políticas y económicas que tuvieron una resonancia histórica con aquellas vividas en Chile once años antes. La constitución de un gobierno de unidad integrando los partidos mayoritarios de la izquierda, es decir, socialistas y comunistas, recuerda estrechamente la composición del gobierno de la Unidad Popular —los ministros comunistas aunque minoritarios asumieron cargos claves tales como la salud, los transportes, el trabajo y la función pública, y esto en ambos países—. También se pueden hacer puentes entre el carácter crítico de la extrema izquierda francesa y chilena, las dos se posicionaron contra las acciones gubernamentales, contra el reformismo del gobierno de Mitterand al igual que lo habían hecho por el de Allende.

Las primeras medidas sociales y económicas del segundo gobierno de Mauroy van a confortar la similitud histórica ya apreciada por los chilenos. Sin hacer paralelos azarosos y con una visión de los eventos más sentimental que razonada, podemos aceptar esta pretendida similitud verbalizada por los chilenos más como una voluntad de *ipso* que como una realidad de *facto*. Pero la realidad vivida no se inquieta del latín, y la apreciación de un contexto se referencia siempre en la memoria, esto lleva a los refugiados chilenos a comentar y confundir el viviendo con lo vivido:

“Al igual de lo que se vivió en Chile entre 1970 y 1973 con Salvador Allende, François Mitterand se empeñó en cambiar radicalmente la sociedad francesa entre 1981 y 1983. En enero de 1982, por ejemplo, se disminuía en Francia la duración legal del trabajo pasando de cuarenta a treinta y nueve horas semanales y de cuatro a cinco semanas de vacaciones pagadas (...) fue también cuando se lanzó el programa de nacionalizaciones tanto de los grupos industriales mayores como de los bancos... la siderurgia acá, las minas, y otras (...) además se conmovió la sociedad francesa con la abolición de la pena de muerte y con la descentralización de los poderes del Estado.” (P.G., Vandoeuvre)

Las reacciones hostiles de la derecha y del centro derecha a la política de la coalición socialista-comunista francesa van a confortar la comparación. Si Allende se confrontó a la reacción violenta del patronato, de las profesiones liberales como los médicos y sobre todo de los

camioneros, la Francia conocerá también, en un orden similar, la huelga de los pequeños patrones, de los comerciantes y de las profesiones liberales a partir de septiembre de 1981, luego fue el turno de los médicos y del personal hospitalario, de los agricultores y de los camioneros en marzo de 1982. Todo parecía concordar con lo ya vivido:

“Tenía la impresión de revivir los eventos que habíamos vivido (...) Queríamos aportar algo, no podíamos quedarnos afuera de la historia, nuestra experiencia podía ser útil para algo(..) nos sentíamos con la obligación moral de advertir los franceses que incluso aquí un golpe podía pasar y que se debía saber medir los avances incluso con compromisos (...) todo nos indicaba que el camino francés reproducía los mismos efectos.” (M.R., Thionville)

El plan de rigor económico —después de constatar una inflación de más del quince por ciento y dos desvaluaciones del franco— del tercer gobierno de Mauroy va a poner un fin drástico a la expansión de la política social de la izquierda francesa, los comunistas se apartan del gobierno y la austeridad se impone al mismo tiempo que la realidad francesa se aparta definitivamente de la comparación con la realidad chilena de los años 70.

Desde los primeros años de presencia en Lorraine, la mayor parte de los refugiados chilenos había desenvuelto una participación activa en las estructuras sindicales, políticas y culturales francesas de las localidades de acogida. En 1983, por ejemplo, el responsable departamental del sindicato de funcionarios de la Confederación General del Trabajo —*l'Union Départementale du Syndicat des Fonctionnaires* de la CGT de Moselle— era un refugiado chileno que había llegado a Francia tan sólo tres años antes. A fines de 1979, en el departamento de la Meurthe-et-Moselle, el responsable de la organización de la sección del partido socialista francés era otro refugiado chileno que residía en el país desde hacía menos de cuatro años. Este compromiso político con la realidad del país de acogida fue el resultado de una doble objetivación, la de poder continuar a hacer vivir una militancia iniciada en el país de origen y valorizada en este mismo como argumento de toda humanidad, y la de inscribir profundamente en la sociedad francesa el movimiento de lucha contra la dictadura de Pinochet. En los años 80, en la aurora de los eventos políticos franceses ya relatados, esta objetivación se radicaliza acentuando la participación a las contingencias locales, lo que llevará a los refugiados chilenos a cuestionarse sobre la oportunidad material de ampliar sus medios de incidencia histórica en un exilio que perduraba. Este fenómeno se traduce en un pedido masivo de naturalización, que alcanza su cumbre precisamente en 1982, momento en el que parece

claro, para los refugiados, que la participación en la vida francesa no puede ser limitada por un hiato en la toma de decisión ciudadana:

"Hacerme francés implicaba sobre todo poder luchar contra los ataques de la derecha que ya habían empezado (...) poder participar en la construcción de una política socialista que en un primer tiempo, como te decía, tomaba un rumbo que me parecía conocido (...) Luchar por Chile también de manera más pertinente." (P.G., Vandoeuvre)

"La naturalización significaba al fin de cuentas de poder apoyarme mejor en las instituciones vigentes para continuar la lucha contra la dictadura (...) significaba hacer o participar en la revolución a partir de donde estaba porque ésta era, queriéndolo o no, mi realidad." (M. R., Thionville)

En términos de estrategia en la construcción de la identidad, el fenómeno descrito se asemeja al observado por Taboada-Leinetti quien ve en la participación de las minorías a una entidad más vasta el resultado de una elaboración individual o, tomando en cuenta los aportes de Bourdieu, de una construcción colectiva que tiene por objeto cristalizar la cualidad de actor de los agentes sociales en presencia. Los ajustes a la realidad concreta se operan en función de la variación de las situaciones encontradas y de los contextos más o menos elucidados por los actores, los cuales desplegarán para ello sus recursos preexistentes y buscarán la forma de ampliar estos últimos con otros preeminentes. Así fue el caso de la prolija militancia política, social y cultural, por un lado, que continuó enriqueciendo un recurso preexistente; y de la la toma de conciencia de la necesidad de obtener el derecho a voto por el otro lado, lo que pasaba necesariamente por la adquisición de la nacionalidad francesa como último recurso preeminente.

III. LA OPCIÓN DE PARTICIPAR EN LA REALIDAD FRANCESA POR MEDIO DE LA NATURALIZACIÓN

Por De Queiroz y Ziolkovski el proceso de construcción de la identidad de los que han migrado pasa por tres etapas: la conservación de un prototipo de identificación, la confrontación a una identificación contingente y finalmente la prefiguración de una identificación manifiesta. Podemos analizar la opción de participar en la realidad francesa por medio de la naturalización como el resultado de estas tres fases, pero además la singularidad observada nos permite incrementar dos conceptos dinámicos y complementarios que posicionan el proceso de construcción de la identidad en esas tres etapas: la comunidad de compromiso y la individuación reflexiva (ver esquema).

En un primer momento, encontraremos una fuerte referencia al grupo normativo donde cada miembro conserva sus referencias aún vigentes y compulsa su identidad con la sublimación de un pasado latente, esto corresponde a la fase de llegada de los chilenos en Lorraine, fase en el curso de la cual cada uno está fuertemente impregnado del país de origen y que explica las agrupaciones en torno a una chilenidad del exilio. Entonces se multiplican los grupos folclóricos y se constituyen secciones locales de los sindicatos y los partidos políticos chilenos en el exilio, que tendrán por misión internacionalizar la lucha de este pueblo contra la opresión de la dictadura; es una verdadera reproducción de lo dejado que participa a formar la comunidad de compromiso como primer argumento de una identidad, trascendiendo las experiencias para consolidar las trayectorias:

“Había que vernos discutir entre Mapus, Izquierda cristiana y comunistas sobre la mejor manera de llevar la peña o de movilizar los franceses por nuestra causa (...) hacíamos y deshacíamos el mundo, o sea Chile, cada vez, si no nos pescábamos a puro cuete es que teníamos todos una cultura política bien puesta.” (M.J., Nancy)

Con el tiempo los chilenos en el exilio Lorrain fueron desplegando de hecho sus recursos sociales acumulados al mismo tiempo que descubrían el conjunto de valores compartidos con la población de acogida; a la imagen producida por la comunidad de compromiso se agregó la creada por la sociedad en la que participaban, la que es independiente de la primera aunque guarde una cierta intimidad con ella. El concepto de individualización reflexiva que participa en la construcción de la identidad entra así en una confrontación situacional con el de la comunidad de compromiso. Nombrando yo me nombro no tanto por un principio de diferenciación sino por aquel que participa en dar un contexto

a la singularidad subjetiva y a la pluralidad objetivada del individuo. Esta fase comienza poco antes de la llegada de la izquierda al poder en Francia y se caracteriza con la movilización masiva y consecuente de los chilenos en los medios culturales, políticos y sociales autóctonos, medios donde la subjetividad factual implementa la necesidad de una identificación singular, de cada individuo, aparte de la ya obtenida como parte integrante de una comunidad; medios donde se expresa el “mañana continuo” para olvidarse del “mientras”, donde se construye la vida alimentando referencias con el fruto de una contradicción tácita entre “ayer/hoy” para quizás “mañana”, entre un “ayer” y un “hoy” que obran para por “mañana” quizás opuesto en el espacio. Asistimos entonces a la construcción de una identidad de la enunciación debilitada por esta constante confrontación:

“Me puse a militar como loco en los sindicatos y en el partido, estaba aquí entonces cómo iba a poder hablar de revolución si no hacía nada para ella (...) Para los franceses era chileno lo que significaba para ellos un revolucionario o al menos alguien de izquierda que llevó su compromiso hasta las últimas consecuencias (...) El problema es mientras más militaba más apegaba a lo que para mí era un paréntesis en mi historia... el paréntesis fue alargándose tanto que al final ya era un libro, una biografía entera.” (C.N., Nancy)

En la última fase la individualización reflexiva es preponderante en la construcción de la identidad de los refugiados chilenos lo que configura una dinámica de aceptación de una realidad compuesta entre el camino y lo caminado. La preeminencia de la imagen de los chilenos construida por la sociedad francesa –imagen altamente valorizada– se refleja en ellos y los incita a formar parte de una realidad en construcción. Dicho de otra manera, a la llegada de la izquierda de Mitterand y sobre todo frente a la reacción de la oposición, hubiera sido socialmente incomprensible que los chilenos se quedaran fuera de lo ocurrido, lo que los llevó conscientemente o no a pasar a una nueva etapa de producción social, aquella que se consume en la afirmación de valores reivindicados en el seno mismo de la sociedad de acogida.

“[La naturalización] significaba hacer o participar en la revolución a partir de donde estaba porque esta era, queriéndolo o no, mi realidad.” (M.R., Thionville)

Así se puede concebir, como lo hicieron Chachat-Durand y Delvigne, que la identidad social de cada persona es el resultado singular de una combinación única de varios grupos que se inscriben en cuadros sociales específicos. Lo que implica, según Halbwachs, que la variedad de identidades es función de los contextos y que su estabilidad pasa obligatoriamente por compromisos entre lo vivido, el vivir y lo por vivir.

Los grupos como los individuos expresan la necesidad de una filiación arraigada al mismo tiempo que proyectada. Pero dentro de todo, nos es difícil reducir la construcción de la identidad de los chilenos en Lorraine a una simple polaridad temporal que correspondería a los diversos periodos de configuración de las representaciones de sí y de los grupos de referencia.

En efecto, en nuestro caso se trata más bien de una relación interaccionista circulatoria donde se distingue un constante vaivén entre la individualización reflexiva y un sentimiento persistente de pertenencia a una comunidad de compromiso. La primera se convierte en el fundamento de una objetivación del sí, de la subjetividad necesaria a toda unicidad, la segunda refunda la actualidad, por medio de una negociación interna a persona, con la memoria social sublimando su dependencia objetiva al mismo tiempo que significa al sujeto. Por eso, nos parece más evidente, en la dinámica de la construcción de la identidad observada, pensar la individualización reflexiva subordinada, tácita o explícitamente, a la comunidad de compromiso.

El principio de subordinación aquí mencionado puede elucidarnos lo que nos aparece, con una lectura lisa, como paradójica. Los chilenos llegados en Lorraine pasaron de una voluntad o esperanza de retorno a una aceptación de una situación durable en la sociedad francesa. Este hecho se configuró entorno a un proceso lento de posicionamiento frente a la sociedad de acogida. Proceso que según Berry se efectúa en virtud de las modalidades de integración, de asimilación y de separación, pero que en nuestro caso tanto la una como la otra no son suficientes para describir las realidades propuestas. Después de la caída de Pinochet, la actualidad no refería la vivencia a una lucha lejana, sino a la cotidiana, a la de una existencia que se veía dividida entre el deseo y la realidad, entre el sueño de volver y la posibilidad de hacerlo.

Aparentemente hoy en día, si sólo un cuarto de las familias de refugiados chilenos en Lorraine reside aún en esta región quince años después de la abertura de las fronteras chilenas a los expatriados, esto podría incitarnos a pensar que el sueño del retorno se concedió. Mas la realidad es algo compleja en la medida en que el fenómeno de desplazamientos de lado a lado del océano constituye un parámetro que no se puede desdeñar si se quieren clarificar las dinámicas presentes. Todos los chilenos de Lorraine, actualmente radicados en este territorio, han vuelto a Chile por lo menos una vez, en visita o en prospección, más de la mitad ha vuelto al menos tres veces, lo que posiciona diferentemente los actos individuales, tratándose más de escoger entre de una opción de realidad vigente y otra latente.

La variable “opción” va a exacerbar la diferencia entre la imagen de una sociedad chilena idealizada por la cual se luchó y la de la realidad que no los esperó para concretizarse. Asistimos entonces, entre todas las posibilidades seleccionadas, a un todo procedimiento de refutación de la actualización chilena, pretendiendo con esto conservar vigente el ideal fundador de la comunidad de compromiso. Aunque este acto se materialice en una separación, esta no es el resultado del olvido sino el de la memoria.

“Chile, hoy, es un verdadero supermercado, la universidad, la salud. Puro el modelo estadounidense viste... Ahora hay mutuales de salud que hay que pagar como si fueran seguros con un sistema de ‘bonus’ o ‘malus’, si caes mucho enfermo pagas más, sino sigues pagando... ¡Ah! ¿Usted tiene cáncer?... a la caja. Es para hacer miedo (...) Si eso... si esto pasara en Francia... No, yo digo no, basta ya del modelo estadounidense”. (C.N., Vandoeuvre)

La separación o el divorcio consumado con la realidad chilena es el resultado de una postura política crítica que pretende intervenir aún con vigilancia en esta realidad al mismo tiempo que conforta la aceptación terminal de una vida en Francia:

“La posibilidad de hacerlo se paga, es un verdadero reconocimiento que tengo a la Francia, desarrollar mi arte es mi lujo y puedo hacerlo, en el Chile de hoy no habría podido nunca hacerlo, me habría muerto como profe de música y eso teniendo, suerte y sin ganar piedras (...) La mayor parte de los chilenos que después de volver se quedaron en Chile, salvo algunos por supuesto, pero la mayor parte de la gente, se lamentan enormemente porque no encuentran nunca lo que dejaron en los años 70. ¿Volver, para qué? Por los olores, los paisajes... es todo lo que nos queda... uno se siente realmente fuera de la cancha en Chile.” (M.J., Nancy)

En complemento de Berry, de De Queiroz y de Ziolkovski, podemos pretender que la dinámica en presencia es la producida por una constante permanencia subordinada de la individualización reflexiva a de la comunidad de compromiso la cual se efectúa en tres etapas sucesivas, la de conservación, la de confrontación y la de prefiguración, las tres conducen ineluctablemente a la aceptación de una tierra de existencia que desplaza la búsqueda del paraíso perdido en trabajo de memoria.

IV. CONCLUSIONES

La llegada de los refugiados chilenos a Lorraine se inscribe en un período de transformación política en Francia en el que las vicisitudes participaron al posicionamiento de la identidad de estos exilados. A pe-

sar de la heterogeneidad de los trayectos y de las situaciones de vida, un sentimiento de pertenencia común se afirmó desarrollando una identidad ligada al estatus mismo de refugiado político pero también como ciudadano de un nuevo espacio de vida. Podemos leer la filigrana como aquella que nos indica la presencia de una cristalización de la identidad, la que nos parece cada vez más flagrante con el transcurso de los años de presencia en el territorio de acogida. La existencia de una dinámica entre los factores endógenos —la comunidad de compromiso— y exógenos —la individualización reflexiva— explica el carácter factual e la identidad revelada. La posibilidad de retorno al país se convierte en una opción que exprime todas las ambigüedades de aquel que ha vivido entre dos universos, a la vez reales e imaginarios. Al deseo de concretizar sus recuerdos sucede una nueva forma de duelo y de elaboración de la memoria.

BIBLIOGRAFÍA

- ACQUAVIVA, A., FOURNIAL, G., GILHODES, P., MARCELIN, J., *Chili de l'Unité populaire*, Éditions Sociales, Paris, 1971.
- BOUCHER, M., *Les théories de l'intégration, entre universalisme et différentialisme*, Paris, L'Harmattan, 2002.
- BOURDIEU, P., *Le déracinement*, Editions de Minuit, Paris, 1964.
- BOURDIEU, P., *Images d'Algérie, une affinité électorale*, Actes Sud, 2003.
- CAVALLO, A., SALAZAR, M., SEPÚLVEDA, O., *La historia oculta del régimen militar*, Ediciones La Epoca, Santiago, 1988.
- FERRY, V., GALLORO, P.D., MORALES LA MURA, R., "L'immigration chilienne en Lorraine (1973-2004)", *Studi Emigrazione*, n°154, june 2004.
- GALLORO, P.D., "La mobilité comme facteur de stabilité", *Par monts et par Vaux – Migrations et voyages*, Poussou (Jean-Pierre) dir., Monbrison, 2001.
- JEDLICKI, F., "Les exilés de l'affaire Pinochet. Retour et transmission de la mémoire", *Cahiers de l'Urmis*, n°7, juin 2001.
- PROGNON, N., *La diaspora chilienne en France – L'exil et le retour*, Thèse de l'Université de Toulouse-Le Mirail, 2002.
- PROGNON, N., "L'intégration des exilés chiliens en France ou les méandres dénigrés de l'exil", Boisard (Stéphane) coord., "Chili: 1973-2003", *L'ordinaire latino-américain*, n°193, Jul-Sep 2003.
- TOURAINE, A., – RAGAZZI ORIETTA, *Les ouvriers d'origine agricole*, Le Seuil, Paris, Éd. D'Aujourd'hui, 1975.
- TOURAINE, A., *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents*, Paris, Fayard, 1997.
- TOURAINE, A., «Vers la démocratie culturelle?», *Sciences humaines*, n°81, mars 1998.
- VÁSQUEZ, A., ARAUJO, A.M., *Exils latino-américains: la malédiction d'Ulysse*, CIEMI-L'Harmattan, 1988.